

SOLDADOS, MILICIANOS E INDIOS DE “LANZA Y BOLA”. LA DEFENSA DE LA FRONTERA BONAERENSE A MEDIADOS DE LA DÉCADA DE 1830

Silvia Ratto*

Resumen

Este trabajo analiza de qué manera se planteó el gobierno provincial la defensa de la región sur bonaerense, y especialmente la zona de Azul y Tapalqué, echando mano a los tres cuerpos militares de que disponía: el ejército regular, los cuerpos de milicias y las fuerzas de los indios amigos, en el marco de la vertiginosa sucesión de acontecimientos bélicos que involucraron a las tropas de los fuertes, los vecinos de los partidos fronterizos, indios amigos asentados en la frontera, indios aliados e indios procedentes del otro lado de la cordillera, en la coyuntura de los años 1836 y 1837.

Abstract

This paper analyses the form that the provincial government assumed the defence of south region of Buenos Aires, specially Azul and Tapalqué zone, with the three military forces: regular army, militia and the forces of friend Indians, in the frame of the dizzy succession of military events, that included the fort troops, the neighbours of the frontier, friends Indians settled in frontiers, allied Indians and Indians proceeding of the other edge of the mountains, in the years 1836 and 1837.

Palabras clave: historia militar, frontera, ejército regular, milicias, indios amigos

Introducción

Durante el período rosista (1832-1852) se implementó una política indígena que se denominó Negocio Pacífico de Indios y que, en uno de sus puntos principales consistía en el asentamiento de grupos indígenas amigos en la región fronteriza los que debían

* Universidad Nacional de Quilmes / Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA. Dirección: 25 de Mayo 217, 2º piso (1002), Capital Federal. Correo-e: sratto@unq.edu.ar

ayudar en la defensa de esa zona en pago a lo cual el gobierno les brindaba su ayuda mediante la entrega de raciones mensuales¹.

En general, se tiende a señalar la “relativa paz” obtenida por el gobernador Rosas en la frontera bonaerense en virtud de esta política. Si bien no puede dejar de señalarse que el período rosista fue, en términos generales, más estable en lo relativo a las relaciones interétnicas que lo que sucedió en las etapas tanto anterior como posterior, un análisis más pormenorizado de los acontecimientos permite matizar aún más esta noción de “paz relativa”². En efecto, luego de finalizada la expedición al sur realizada entre 1833 y 1834, los celos del gobernador con respecto a la actitud de un grupo indígena aliado, los boroganos, llevaron a una serie de acontecimientos bélicos y una situación de fuerte inestabilidad en la frontera sur de la provincia que se extendió hasta fines de la década de 1830 cuando el cacique chileno Calfucurá se instaló definitivamente en las pampas, en la zona de Salinas Grandes. Esta etapa la hemos analizado en otro trabajo en el que planteamos de manera muy resumida los principales ejes de las alianzas y conflictos intertribales del período³.

En este trabajo nos centraremos en la coyuntura de los años 1836 y 1837 cuando la frontera sur, y especialmente la zona de Azul y Tapalqué, fue escenario de una vertiginosa sucesión de acontecimientos bélicos que involucraron a las tropas de los fuertes, los vecinos de los partidos fronterizos, indios amigos asentados en la frontera, indios aliados e indios procedentes del otro lado de la cordillera⁴. Los diversos enfrentamientos que se produjeron en esta coyuntura, superaron las previsiones de las autoridades provinciales y hasta pusieron en evidencia que el mismo Rosas falló en sus aparentemente precisos

¹ Una descripción detallada del Negocio Pacífico puede encontrarse en “El negocio pacífico de los indios: la frontera bonaerense durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas (1829-1852)”, **Siglo XIX** n° 15, México, Instituto Mora, 1995.

² En términos generales se ha tendido a periodizar la situación fronteriza en la provincia de Buenos Aires en momentos de paz y de guerra que se sucedían en función de cambios en las políticas de los gobiernos de turno y/o de una mayor agresividad indígena. Este esquema presenta momentos excluyentes donde el énfasis está puesto en los conflictos bélicos o en las negociaciones de paces y se puede encontrar en los trabajos más tradicionales que estudian los contactos interétnicos en función de los avances y retrocesos de la línea de frontera, por ejemplo el libro de Juan Carlos Walther, **La conquista del Desierto (1527-1885)**, Buenos Aires, Eudeba, 1970; y la obra colectiva **Política seguida con el aborigen**, Buenos Aires, Círculo Militar, 1974. Sin embargo, trabajos recientes han demostrado que la dinámica fronteriza es mucho más compleja y no puede esquematizarse de esa manera. En una investigación en curso sobre el partido de Luján, Eugenia Néspolo propone reemplazar esta visión por otra centrada en lo que denomina paradigma de resistencia y complementariedad lo que le permite analizar ambos aspectos de la relación como “procesos interactivos que funcionan en un mismo espacio-tiempo”. E. Néspolo, “La sociedad de frontera como el emergente de las relaciones interétnicas. Luján 1736-1784”. Ponencia presentada en la Red de Estudios Rurales, Instituto Ravnani, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, agosto 2001. Una crítica similar referida al estudio de la frontera chileno-raucana se puede encontrar en Foerster y Vergara, “¿Relaciones interétnicas o relaciones fronterizas?”, **Revista de Historia Indígena**, n° 1, Universidad de Chile, 1996.

³ Silvia Ratto, “Conflictos y armonías en la frontera bonaerense (1832-1840)”, **Entrepasados** n° 11, Buenos Aires, 1996.

⁴ Para una definición de estas categorías ver S. Ratto, “Indios amigos e indios aliados. Orígenes del Negocio Pacífico en la provincia de Buenos Aires (1829-1832)”, **Cuadernos del Instituto Ravnani** n° 5, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1995; y Martha Bechis, “Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX”, en N. Goldman y R. Salvatore (comp.) **Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema**, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

conocimientos sobre las relaciones entre las distintas parcialidades indígenas. Esto nos lleva a considerar un elemento que demostró ser esencial dentro de la diplomacia indígena y que constituía una de las garantías del éxito o fracaso del negocio pacífico: la necesidad de contar con personas de confianza en los fuertes de frontera que tuvieran la habilidad suficiente para mantener el trato cotidiano con estas poblaciones y procurarse de la información necesaria para decidir los cursos de acción a seguir.

Dentro de este esquema los comandantes de los fuertes y de las divisiones militares adjuntas a los mismos, fueron figuras relevantes. A ellos era a quienes se dirigían los indios amigos para tratar una diversidad de situaciones: problemas con las raciones, pedidos especiales de algunos artículos, transmisión de noticias recibidas sobre los movimientos de indios en las pampas, etc. En el caso concreto de Tapalqué, la relación tan estrecha del comandante Bernardo Echeverría con los indios que vivían inmediatos al cantón llevó al viajero inglés Mac Cann, en su paso por el fuerte, a decir que “cada vez que nos apeábamos para hablar con mujeres y niños [indios] todos se mostraban muy afectos a él, que parecía ejercer la más bondadosa y paternal autoridad”.

Pero no eran éstos los únicos interlocutores de los indígenas. Junto a ellos se encontraban algunos hacendados y pobladores de la campaña que merced a los contactos personales que habían establecido con algunos caciques o por su función de lenguaraces se constituyeron en “interlocutores válidos” para la relación entre los criollos y los indios⁵.

La serie de invasiones producidas en el lapso de dos años respondieron a dos tipos de móviles; uno de ellos estaba vinculado fundamentalmente a los conflictos entre parcialidades que, en cierto modo, la misma política del gobierno había profundizado al introducir un elemento de quiebre fundamental en el mundo indígena. En efecto, la creación de “indios amigos” y la utilización de ellos como milicias auxiliares, exacerbó los conflictos intertribales existentes entre distintos grupos indígenas y de esa manera produjo un resultado no previsto y menos deseado por las autoridades provinciales. De ahí el particular asombro que manifestaría Rosas ante los acontecimientos que iban desarrollándose en la frontera sur. El otro tipo de ataque que se produjo fue guiado fundamentalmente por la obtención de ganado en los establecimientos fronterizos.

Con este telón de fondo, el objetivo del trabajo será analizar de qué manera se planteó el gobierno provincial la defensa de la región sur de la provincia echando mano a los tres cuerpos militares de que disponía: el ejército regular, los cuerpos de milicias⁶ y las fuerzas de los indios amigos. El ámbito fronterizo era potencialmente explosivo, una región donde se vivía una situación de “violencia latente” que podía estallar en cualquier momento. En caso de sostener la defensa por medio de cuerpos regulares hubiera sido necesario dotar a cada fuerte fronterizo de una guarnición permanente lo que implicaría un gasto constante en sueldos, en la provisión del rancho de la tropa y otro tipo de

⁵ El estudio de estos personajes nos permitiría conocer con mayor detalle las características de las relaciones interétnicas.

⁶ Sobre las características y formas de organización de las milicias provinciales a partir de la década de 1820 ver los trabajos de O.C. Cansanello, fundamentalmente “De súbditos a ciudadanos. Los pobladores rurales bonaerenses entre el Antiguo Régimen y la Modernidad”, *Boletín Ravignani*, n° 11, 1995 y “Las milicias rurales bonaerenses entre 1820 y 1830”, *Cuadernos de Historia Regional* n° 19. Universidad Nacional de Luján, 1998.

elementos como vestimentas y armas. En lugar de ello, el gobierno optaría por recurrir a los cuerpos de milicias y los indios amigos que podían ser rápidamente movilizados ante la inminencia de un ataque y, en el caso de los milicianos, significaban una erogación en sueldos circunscripta al período de movilización.

En el caso puntual de la participación de los indios amigos, la actitud de los caciques amigos no sería idéntica ante los requerimientos del gobierno, y el mismo Rosas reconocería que el valor de los jefes dependía de las características particulares de éstos. No todos los jefes indígenas eran valiosos para el negocio pacífico por su papel como guerreros en la defensa de la frontera; algunos centraban su importancia en su rol de negociadores y mediadores con otros grupos.

El trabajo consta de tres partes. En la primera se hará una caracterización sobre la población asentada en los partidos de la frontera sur (Azul-Tapalqué y Bahía Blanca), que fueron más impactados en esta coyuntura bélica, y a la estructura militar y administrativa existente en la zona. En la segunda parte se describirán brevemente los hechos bélicos que se sucedieron entre 1836 y 1837 y finalmente, en la última parte, se analizará de qué manera el gobierno hizo frente a la defensa de la frontera en este contexto.

La población de la frontera sur

Nos referiremos a la región de Azul y Tapalqué de manera conjunta ya que la distancia entre ambos era muy pequeña (sólo unos pocos kilómetros que eran recorridos por sus habitantes en pocas horas a caballo⁷) y existía un permanente movimiento entre ambos puntos. El poblamiento de esta zona tuvo características distintivas en el proceso de expansión fronterizo. A diferencia de otros avances oficiales que se caracterizaron por el establecimiento de un destacamento militar acompañado por una escasa población civil, el poblamiento de Azul presentó una imagen inversa: fue esencialmente una ocupación civil con una escasa dotación militar. En el caso de Tapalqué, las fuerzas militares del cantón también eran bastante exiguas y se habrían establecido para garantizar la incipiente ocupación del espacio que había comenzado a mediados de la década de 1820⁸. La otra característica distintiva de la región fue la importante concentración de indígenas amigos que se ubicaron allí; población que superaba ampliamente a sus vecinos blancos.

El pueblo de San Serapio Mártir del Arroyo Azul se fundó a fines del año 1832 y configuró una experiencia atípica del proceso de poblamiento de la campaña sur debido a que en esta zona se realizaron donaciones condicionadas de extensiones medianas, poco más de 2.000 hectáreas, que correspondía a las necesidades de una familia tipo⁹.

⁷ El viajero inglés William Mac Cann, relata que en su viaje a caballo entre ambos puntos, a poco de salir de Azul "...por campos de pastos altos y duros; anduvimos ya entre las chozas o toldos de los indios [existentes en los alrededores de Tapalqué]"; William Mac Cann, **Viaje a caballo por las provincias argentinas**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1982.

⁸ Ramón Capdevila, **Tapalqué en la historia**, Tapalqué, 1963.

⁹ Sobre el proceso de poblamiento de Azul ver María Elena Infesta, "Propiedad rural en la frontera. Azul, 1839" en Enrique Barba, **In Memoriam. Estudios de Historia**, Buenos Aires, Banco Municipal de La Plata, 1994 y María Sol Lanteri, "Articulando un proceso colonizador en la frontera sur bonaerense. Las donaciones condicionadas del arroyo Azul en la primera mitad del siglo XIX", mimeo, 2001.

Este tipo de poblamiento respondía a lo establecido en un decreto promulgado durante el gobierno de Viamonte que tenía el objetivo de proteger la frontera a través del establecimiento de familias en la zona para defensa de la misma. Esta medida fue llevada a la práctica para la zona de Azul a través de otro decreto del año 1832.

Las donaciones de tierras implementadas en la zona incluían la exigencia de que el poseedor cumpliera con una serie de condiciones: poblar la suerte de estancia, levantar rancho, etc. Un punto importante del decreto era que los pobladores estaban exentos del servicio de milicias en otro territorio que no fuera Azul. El censo provincial realizado el año 1836 indicaba que la población establecida en dicho partido era de 1.514 personas distribuidas de la siguiente manera: 1.369 personas censadas como blancos, 117 pardos o morenos y 26 extranjeros. La guarnición militar, a su vez contaba con 92 soldados y 19 personas catalogadas como familia de la tropa.

El cantón de Tapalqué fue creado en octubre de 1831. El coronel Gervasio Espinosa al mando de una pequeña fuerza de 27 soldados pertenecientes al Tercer Regimiento de Caballería de Campaña se estableció en el punto levantando un fuerte en la margen derecha del arroyo Tapalqué. Para el momento en que se levantó el censo del año 1836 se registraron solo 31 personas en 7 unidades censales de las cuales tres correspondían a pobladores que eran asimismo propietarios de estancias en Azul.

La Fortaleza Protectora Argentina, o Bahía Blanca, había sido fundada en 1828 como parte de la política de expansión de la frontera que se llevó a cabo durante el gobierno de Manuel Dorrego. Hacia 1836 contaba con una población de 1.461 habitantes de los cuales 78 pobladores fueron censados en unidades cuyas cabezas eran comerciantes, 77 como quinteros y 1.306 personas conformaban la oficialidad, tropa y familias de dichos militares.

Juno a la población militar y civil de estos asentamientos y dentro del territorio controlado por el estado provincial se hallaba una cantidad significativa de indígenas provenientes de diferentes agrupaciones y que tenían diversa relación con el gobierno. De todos modos, un punto en común es que los grupos que habían entrado en calidad de indios amigos en el negocio pacífico lo habían hecho en condiciones de gran precariedad motivadas por debilidad económica, aislamiento con respecto a otras parcialidades, conflictos intertribales, estructuras poblacionales irregulares, es decir, se trataba de grupos agotados en sus recursos y perseguidos por sus enemigos a los que obviamente les seducía la posibilidad de obtener protección y ayuda económica¹⁰.

Una breve reseña de las relaciones entre los diferentes grupos amigos y el gobierno nos permitirá entender más claramente el complejo escenario político sobre el que se desarrollaron los acontecimientos que serán narrados.

Los indios asentados en las cercanías de Bahía Blanca respondían al cacique Venancio Coñuepan que había cruzado la cordillera a fines de la década de 1820 junto con tropas patriotas persiguiendo a los realistas Pincheira y sus aliados boroganos. En 1828 concertó su alianza con el gobierno bonaerense que le otorgó el grado de teniente coronel; más tarde, integró la expedición fundadora de Bahía Blanca instalándose a

¹⁰ Ver S. Ratto, "Una experiencia fronteriza exitosa: el Negocio Pacífico de Indios en la provincia de Buenos Aires (1829-1852)", *Revista de Indias* (en prensa).

inmediaciones del mismo¹¹. Hacia 1832 la agrupación contaba con 708 personas de las cuales 440 eran indios de pelea.

Dos años más tarde se situaron a inmediaciones del fuerte algunos grupos boroganos. Estos indígenas procedentes de Boroa, en Chile, se habían aliado a los hermanos chilenos Pincheira y pasado a las pampas en 1827. Luego de un período de negociaciones con Rosas, los boroganos dejaron la asociación con los realistas Pincheiras y se instalaron en Salinas Grandes como indios aliados de Buenos Aires. En 1834 fueron atacados por una coalición de ranqueles y huilliches dirigidos por el cacique Calfucurá. Luego del ataque, en el que fueron asesinados dos importantes caciques, algunos jefes boroganos buscaron el amparo de las autoridades fronterizas temerosos de ser víctimas de un nuevo ataque. Así, los caciques Caneullán y Guayquil se refugiaron en el fuerte Mayo; el cacique Meligur, pese a la oposición de Rosas, se instaló cerca de Bahía Blanca con 300 indios¹² y el cacique Alon, por Sierra de la Ventana con unos 100 indios de pelea y cerca de 300 personas en total¹³. De manera que, para la fecha del censo provincial de 1836 la estimación del total de la población indígena cercana a Bahía Blanca era de aproximadamente unas 1.500 personas.

En la región de Azul-Tapalqué los grupos más numerosos respondían a los caciques pampas Catriel y Cachul junto a los que se hallaban agrupaciones más pequeñas encabezadas por los caciques "chilenos"¹⁴ Francaman, Reylef, Cayupan, Quiñigal y los caciquillos Painén y Llanqueman.

Los jefes pampas Catriel y Cachul tenían una larga relación con el gobierno de Buenos Aires; sin embargo las características de la misma no era igual para ambos caciques. Durante la primera expedición de Martín Rodríguez al sur, en 1821, mientras el cacique Catriel mostró una actitud conciliatoria asegurando al gobernador que podía contar con él para pelear contra los indios hostiles, Cachul se opuso a ayudar y debió ser

¹¹ Sobre el ingreso del cacique Venancio Coñuepan a las pampas y su posterior asentamiento en la frontera bonaerense ver Villar y Jiménez, "Indios amigos. El tránsito progresivo desde la autonomía a la dependencia étnica en un sistema de contactos múltiples. El caso de Venancio Coihuepan en sus momentos iniciales (1827, frontera sur de Argentina)", en J. Pinto Rodríguez, (comp.) **Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur**. Temuco, Universidad de la Frontera, 1996.

¹² Cuando luego del ataque de Masallé algunos grupos boroganos se acercaron a la frontera, Rosas desautorizó totalmente la atribución tomada por Sosa en fomentar el acercamiento de Meligur a la guardia de Bahía Blanca, tanto por haber tomado la decisión sin haberlo consultado así como por acercar a la guardia un grupo tan numeroso que no se hallaba en buenas relaciones con el cacique Venancio. En una nota enviada al coronel de blandengues en diciembre de 1834 se expresaba en estos términos: "... *Lo que has hecho en ese delicado asunto [del asentamiento de Meligur] resolviendolo vos mismo del modo que lo has dispuesto, es malo, muy malo, malísimo y de una trascendencia que puede traer consecuencias muy desagradables y efectos tan perjudiciales como de difícil reparación si con tiempo no se ponen remedios para evitarlos*" (Carta de Rosas a "Pancho" Sosa, Matanza, 31 de diciembre de 1834. AGN, X, 24.8.6).

¹³ En Salinas Grandes permaneció el cacique borogano Cañuquir que fue acometido por las fuerzas de Bahía Blanca dirigidas por el coronel Sosa con el auxilio de los indios amigos del cacique Venancio Coñuepan. En la última de estas expediciones, realizadas en el año 1836, Cañuquir fue asesinado. Para un relato más detallado de estos hechos ver Ratto, "Conflictos..."

¹⁴ Vale la pena aclarar que las fuentes mencionan de manera genérica a los indios del otro lado de la cordillera como "chilenos" adjudicándoles una "nacionalidad" ficticia. El término, a su vez, va sufriendo modificaciones de sentido ya que, en un primer momento, tiene la connotación de "enemigo", "malonero". Con el paso del tiempo, el ingreso de partidas indígenas "patriotas" a las pampas llevaría a un mayor interés por consignar el nombre de los jefes indígenas que lideraban a los grupos migrantes.

intimidado por las fuerzas militares para que depusiera su actitud. En la expedición a la Sierra de la Ventana realizada por Pedro Andrés García entre los años 1821 a 1823, ambos caciques al mando de 364 indios, participaron del parlamento que tuvieron diversas agrupaciones indígenas con el coronel. Luego de esta intervención volvemos a encontrarlos en el año 1827 ya totalmente vinculados al gobierno bonaerense, pero cumpliendo tareas muy diferentes. Catriel acompañó al coronel Rauch en la primera de sus expediciones y fue especialmente recomendado al gobierno por su actuación en la misma. Cachul, por el contrario, no participó con sus indios como milicias auxiliares en las expediciones de Rauch. Pero poco después fue enviado por Rosas como encargado de la Comisión Pacificadora de Indios a una misión diplomática en los toldos ranqueles. Se esperaba que el cacique convenciera a este grupo de deponer su actitud de hostilidad, se separara de los indios chilenos y aceptara negociar las paces con el gobierno.

Según un censo de las tolderías de Tapalqué existían para el año 1836 un total de 2.628 indígenas, de los cuales 899 eran indios de pelea, 970 mujeres y 769 chicos de ambos sexos. La mayor parte de esta población respondía a los caciques pampas. El cacique Catriel comandaba un total de 1.736 individuos, 519 hombres de pelea, 672 mujeres y 543 muchachos/as; el cacique Cachul tenía a su cargo 149 hombres de pelea, 158 mujeres y 126 muchachos, es decir, un total de 344 almas. El resto de los caciques lideraban grupos mucho más pequeños: Francaman, 188, Reylef unos 140, Cayupan 58, Quiñigual 67 y los caciquillos Painen y Llanqueman representaban solamente 6 personas.

Teniendo en cuenta que, como hemos visto, la población criolla (tanto civil como militar) era muy pequeña, la presencia indígena cobraba gran importancia. De manera que estamos en una región donde la relación entre la población blanca e indígena era bastante despareja, es decir, teniendo en cuenta los datos arrojados por el censo de 1836 se contaban en los dos puntos con poco más de 1.500 habitantes en tanto la población indígena entre ambos lugares la superaba ampliamente con un total de 2.600 personas. Esta relación numérica haría pensar en el estado de inseguridad que existía en la zona, expuesta permanentemente a la posibilidad de un levantamiento de indígenas.

Creemos, sin embargo, que en gran parte estos grupos pampas se hallaban verdaderamente "integrados" al mundo fronterizo, en el sentido de que habían aceptado las condiciones de la vida en la frontera las que resultaban bastante beneficiosas para su reproducción. De manera que la sublevación hacia ese orden de cosas no se planteaba como una posibilidad atractiva ya que eso hubiera implicado más cosas por perder que por ganar: perderían un asentamiento seguro y las raciones gubernamentales y ganarían su independencia lo que significaba en realidad encontrarse desamparados y expuestos a que los conflictos intertribales hicieran peligrar su propia vida.

Organización administrativa y militar de la frontera sur

Azul y Tapalqué dependieron administrativamente desde el momento de su instalación, del juzgado de paz de Chascomús¹⁵. En 1835 se nombró al primer juez de paz de

¹⁵ En 1821 fueron creados en todo el ámbito de la provincia los Juzgados de Paz. Cada partido debía contar con un juzgado que a su vez tenía a su cargo para una mejor administración, alcaldes por cada cuartel del partido y cada uno de ellos un cuerpo de tenientes alcaldes. Estas nuevas autoridades tendrían

Azul, Francisco Serantes, y al año siguiente se hizo cargo del juzgado Manuel Capdevila. A partir de entonces Tapalqué habría pasado a formar parte de su jurisdicción. Esta subordinación se mantuvo hasta 1846, año en que fue nombrado el primer juez de paz del partido. El cargo recayó en Bernardo Echeverría quien, además, era comandante del fuerte desde hacía varios años.

Con respecto a la dotación militar, los cuerpos de ejércitos de línea (o regulares) que guarecían las zonas fronterizas eran, en general, muy pequeños. De norte a sur de la línea fronteriza, los fuertes más avanzados eran Federación, 25 de Mayo, Tapalqué, Azul e Independencia. En el extremo sur de la provincia, el fuerte de Bahía Blanca y Carmen de Patagones parecen haber mantenido una estrecha relación entre sí, conjuntamente con las guardias Constitución y fortín Colorado, creadas luego de la expedición al sur realizada por Rosas entre 1833 y 1834.

Las dotaciones de ejército regular apostados en estos puntos de la línea fronteriza para el año 1836, se limitaban a una compañía de dragones con 49 soldados en el fuerte Federación; un piquete de infantería con 50 soldados en 25 de Mayo, un piquete de infantería con 22 soldados en Azul y en el fuerte Independencia un piquete de infantería con 9 soldados y otro de dragones con 11 efectivos.

A diferencia de los casos anteriores, el fuerte de Bahía Blanca tenía una importante dotación de ejército regular. El fuerte era protegido por el Regimiento de Blandengues de la Nueva Frontera¹⁶ dirigido por el coronel Francisco Sosa, que comprendía cuatro escuadrones con dos compañías cada uno¹⁷. A los 360 efectivos de Blandengues se sumaba el Regimiento de Dragones de Nueva Frontera bajo el mando del teniente coronel Martiniano Rodríguez, comandante asimismo del fuerte. Este regimiento contaba con dos escuadrones de dos compañías cada una con cerca de 250 personas lo que daba un total de unos 600 soldados y oficiales. A estas fuerzas deden agregarse un piquete de infantería con 72 soldados¹⁸.

funciones administrativas y judiciales desde el comienzo; las tareas de policía se mantuvieron durante la década de 1820 en las Comisarías de Campaña pero, una vez suprimidas éstas, los juzgados de paz concentraron también esta función. Sobre la instalación y funcionamiento de los juzgados de paz pueden consultarse la clásica obra de Benito Díaz, **Juzgados de Paz de Campaña de la Provincia de Buenos Aires (1821-1854)**, La Plata, UNLa Plata, 1959; los trabajos más recientes de Jorge Celman, "Crisis y reconstrucción del orden en la campaña de Buenos Aires. Estado y sociedad en la primera mitad del siglo XIX", *Boletín del Instituto Ravignani*, n° 21, Facultad de Filosofía y Letras, 2001; y Juan Carlos Garavaglia, "Paz, orden y trabajo en la campaña: la justicia rural y los juzgados de paz en Buenos Aires, 1830-1852", *Desarrollo Económico*, n° 146, 1997.

¹⁶ Este cuerpo fue creado en agosto de 1832 con los efectivos que quedaron del regimiento 2 de caballería de línea que fue disuelto. El regimiento fue destinado de manera permanente al fuerte de Bahía Blanca no pudiendo "ser empleado a otro servicio en puntos distantes sino en ocasiones de extrema urgencia". Precisamente en virtud de la lejanía de Bahía Blanca se agregaba un artículo especial para los blandengues que establecía que serían considerados como pobladores del fuerte gozando como tales de las consideraciones y auxilio que el gobierno tenía destinados a éstos. Para ello se exigía que el blandengue fuera casado y que se comprometiera "a avecindarse en el territorio de ella [la Guardia Argentina] aún después de concluido el tiempo de su empeño". Registro Oficial.

¹⁷ De estos efectivos 150 soldados se hallaban apostados en la Guardia Constitución.

¹⁸ En las listas de revista de este piquete se menciona que algunos de los soldados se encontraban sirviendo en el río Colorado. Esto hace ver que la relación entre Bahía Blanca, Guardia Constitución y Patagones era muy fluida. La dotación de esta región se completaba con las siguientes fuerzas: una compañía de línea de cazadores con 50 plazas y una compañía de dragones con 77 soldados; el Fortín Colorado contaba con una guarnición de sólo 26 plazas.

No eran estas las únicas fuerzas militares con las que contaba el gobierno. Para la misma época existían en todo el ámbito de la provincia seis Regimientos de Caballería de Milicias¹⁹. Cada regimiento, según la ley de milicias del año 1824 estaba conformado por cuatro escuadrones y cada uno de ellos por dos compañías de 100 soldados cada una. Esto haría un total de 4.800 milicianos pasibles de ser movilizados en toda la provincia.

De acuerdo con la distribución de los cuerpos milicianos que hemos reconstruido para el año 1836, se puede ver que el territorio incorporado mediante la expansión de la línea fronteriza a través de la fundación de los fuertes Federación, 25 de Mayo y Bahía Blanca en 1828, fue protegido por los siguientes regimientos milicianos: el espacio comprendido al norte del arroyo de las Flores quedó bajo jurisdicción de los regimientos del norte (2) y noroeste (4), en tanto la zona al sur de dicho curso de agua fue guarecida por los regimientos 5 y 6 de milicias.

Veamos brevemente cuáles eran estas fuerzas para el año 1836. El fuerte Federación contaba con tres compañías de carabineros del regimiento 4 con un total de 293 efectivos; 25 de Mayo se encontraba resguardado por tres cuerpos de 130 milicianos pertenecientes al regimiento 2; en Azul-Tapalqué existían 2 compañías de regimiento 6 con 270 milicianos y dos cuerpos del regimiento 3 con 120 efectivos; finalmente, el fuerte Independencia contaba con un destacamento del regimiento 5 con 94 soldados.

Además de los fuertes que guarecían la línea de frontera existían campamentos militares cercanos a los mismos cuya seguridad parece haber estado mayormente en manos de cuerpos milicianos. Así, encontramos un campamento en Mulitas, a 10 leguas al sur del fuerte de 25 de Mayo donde el regimiento 1 de milicias tenía destacado un piquete de caballería con 35 soldados. El regimiento 2 tenía en La Escondida una compañía de carabineros con 42 soldados, en las Encadenadas otra similar con 93 soldados y en las Saladas una partida con sólo 6 soldados. Dependiente del regimiento 3 se hallaba el escuadrón de línea del capitán Ramón Maza con un total de 156 efectivos que tenía su asentamiento en La Botija.

Resumiendo la información que hemos ido anotando más arriba y teniendo en cuenta que a las fuerzas regulares y milicianas se agregaban los grupos de indios de pelea que se hallaban inmediatos a los fuertes fronterizos, veremos que la seguridad de la frontera descansaba fundamentalmente en los cuerpos de milicianos e indígenas como se puede ver en el cuadro siguiente:

¹⁹ Los regimientos 1 a 4 habían sido creados por la ley de milicias del año 1823 y tenían las siguientes jurisdicciones. El Regimiento 1 comprendía la ciudad y los partidos más cercanos (San Isidro, San Fernando, Las Conchas, Santos Lugares y San José de Flores), el Regimiento 2 los partidos del oeste de Buenos Aires (Morón, Luján, Areco, Pilar y Capilla del Señor), el Regimiento 3 tenía jurisdicción sobre los partidos del sur de la provincia hasta la línea del Salado (Quilmes, Ensenada, Magdalena, Chascomús, San Vicente, Cañuelas, Ranchos y San Miguel del Monte); el Regimiento 4 comprendía los partidos del noroeste (Guardia de Lujan, Fortín de Areco, Salto, Rojas, Pergamino, San Nicolás, Arrecifes, San Pedro y Baradero). El regimiento 5 fue creado en 1826 teniendo como jurisdicción el partido de Monsalvo. El regimiento 6, del que no hallamos fecha de creación, comprendería los nuevos territorios ocupados al sur del Salado, con excepción de Monsalvo y el asentamiento de su plana mayor; integrada por vecinos de Azul, se hallaba en dicho pueblo.

Cuadro 1. Fuerzas regulares, milicianas e indígenas en 1836

Fuerte	Fuerzas regulares	Milicias	Indios amigos	Totales por fuerte
Federación	49 (6,50%)	290 (38,6%)	412 (54,9%)	751
25 de Mayo	54 (21,3%)	130 (43,5%)	89 (35,2%)	273
Tapalqué-Azul	22 (1,70%)	390 (29,7%)	899 (68,6%)	1.311
Independencia	20 (4,60%)	94 (21,7%)	320 (73,7%)	434
Bahía Blanca	672 (51,2%)	Sin milicianos	640 (48,8%)	1.312
Totales	817	904	2.360	

Fuente: Listas de Revista, AGN, Sala 3. cajas 124, 125 y 126.

Tomando el conjunto de las fuerzas utilizadas para la defensa del territorio se pueden observar tres zonas diferentes en cuanto al recurso de las mismas: la frontera norte (entre Federación y 25 de Mayo), el sur (Azul, Tapalqué e Independencia) y el extremo sur (Bahía Blanca). En la primera existía cierto equilibrio entre las fuerzas provinciales criollas (regulares y milicianas) y las fuerzas indígenas. En la frontera sur este equilibrio desaparece ya que los contingentes indígenas duplican ampliamente a las tropas provinciales. Dentro de esta región el mayor peso en la defensa se encuentra indudablemente en la zona de Azul-Tapalqué y el fuerte Independencia parece funcionar como reserva de retaguardia. Esto reflejaría que el avance de la frontera habría llevado a que la zona de Tandil se encontrara más a cubierto de las invasiones y que la "puerta" de entrada de los malones se hallara en los dos primeros puntos.

En Bahía Blanca se invierte totalmente la relación con respecto al tipo de fuerza criolla siendo exclusivamente regular y levemente superior a las milicias auxiliares indígenas. Esto lleva a que, si comparamos en su totalidad las fuerzas regulares y milicianas utilizadas en la frontera, los guarismos sean similares. Con respecto a las tropas indígenas, el número de indios de pelea en condiciones de ser movilizados indica la indudable importancia de contar con este auxilio militar para enfrentar ataques indígenas.

Los ataques sobre la frontera

Hemos dicho que las invasiones producidas en estos años respondieron a objetivos diferentes; en un caso, el origen de los ataques estuvo vinculado a conflictos intertribales y tuvieron como objetivo prioritario las tolderías de los indios amigos. De todos modos, al encontrarse estas tolderías en el espacio fronterizo, fueron acompañadas con el robo de hacienda de las propiedades cercanas. En otro caso, se trataron de incursiones de caza de ganado que tuvieron por principal objetivo los establecimientos fronterizos.

Esta diferenciación en cuanto a los móviles de los ataques se tradujo en la envergadura de las fuerzas indígenas involucradas y las características del encuentro bélico que se produjo. En el primer tipo de enfrentamiento, las fuerzas atacantes incluían partidas indígenas hostiles al gobierno, grupos que habían sido directamente embestidos por la acción conjunta de tropas provinciales y milicias indígena y sectores disidentes de indios amigos existentes en la frontera. En este caso, los enfrentamientos fueron más frágiles

ya que uno de los objetivos básicos de los incursores fue caer sobre las tolderías de los indios amigos y apoderarse de sus familias y bienes.

En el segundo tipo de ataque las fuerzas enemigas eran mucho más numerosas, y representaban una coalición de distintos grupos, en este caso, a una agrupación inicial de boroganos y ranqueles se le sumarían otros grupos chilenos. El objetivo específico de arrear ganado llevó a que estas incursiones fueran más rápidas y, en los hechos que mencionaremos, no se registraran demasiados encuentros concretos con las fuerzas provinciales. En este sentido, una descripción de Prudencio Arnold, miliciano que sirvió en la frontera durante mucho tiempo, es particularmente útil para entender el tipo de guerrilla que realizaban los indios en esta clase de incursiones. Según Arnold cuando los indios atacan para obtener ganado y se ven perseguidos, abandonan parte del rodeo que no pueden arrear y siguen con el resto; “el indio no tiene interés de matar donde corre él el peligro de ser muerto (...) todo su afán consiste en salvar el botín a todo trance, fiados únicamente en su agilidad y buenos caballos, sin comprometer combate”²⁰.

Los ataques del año 1836²¹

El 24 de agosto de 1836 el fuerte de Bahía Blanca fue escenario de lo que los documentos llamaron la “sublevación de los indios amigos” asentados en sus alrededores. En realidad, se trató de un ataque llevado a cabo por indios pertenecientes a los caciques boroganos Meliguer y Alon asentados recientemente cerca de la guarnición, en combinación con un grupo de los indios amigos del cacique chileno Venancio quienes “cargaron rápidamente a las inmediaciones de esta fortaleza recorriendo la margen oriental de Napostá acuchillaron los hombres que encontraron, ya quinteros, ya pastoreadores cautivando sus familias y arreando cuantas haciendas pudieron hallar”²².

Al día siguiente, los indígenas volvieron a presentarse saqueando “las estancias situadas en la margen occidental del Sauce Grande propiedad del finado coronel Francisco Sosa, Don José María Araujo y otros vecinos llevándose los ganados de toda especie que encontraron en dichos establecimientos”²³. Los dos ataques produjeron unas 60 bajas entre los militares además de los vecinos que murieron en el encuentro.

Tanto el comandante del fuerte de Bahía Blanca, Martiniano Rodríguez, como el mismo Rosas se vieron sorprendidos por el ataque. Rodríguez expresaba que “en la tribu de Venancio tenía mucha confianza por las repetidas pruebas de fidelidad que tantas veces nos habían dado mucho más cuanto estaba penetrado de los buenos sentimientos de Venancio, [y de los capitanejos] Collinao y Juan” aunque reconocía su recelo hacia un capitanejo del grupo, Pedro Guayquil “por berlo siempre sobervio y poco dado

²⁰ Prudencio Arnold, *Un soldado argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.

²¹ En este acápite nos limitaremos a describir de manera muy resumida los acontecimientos bélicos que impactaron sobre la frontera. El estudio de los móviles y conflictos intertribales que se encuentran detrás de estos hechos ameritan un análisis especial, tarea en la cual estamos trabajando.

²² Los motivos de esta sublevación deben buscarse en las campañas llevadas contra el cacique borogano Cañuquir de las que hicimos mención. El desencadenante del hecho habría estado en la prisión y tratamiento de las familias (mujeres y niños) de los boroganos, aún de aquellos que se habían asentado en la frontera luego de Masallé. Este tema está siendo trabajado por Juan Francisco Jiménez y Daniel Villar.

²³ AGN, X, 25.3.3.

con los cristianos". Precisamente, lo que demostró esta sublevación fue la precariedad de la autoridad de cacique ya que se produjo una ruptura dentro del grupo de Venancio, encabezando la rebelión el nombrado capitanejo Guayquil que aprovechó la ausencia de Collinao y Juan, que se hallaban en ese momento en la capital, para levantarse contra la guarnición. Esto se vincula a que la estructura de poder de los grupos indígenas descansaba en un ejercicio de la autoridad diferente a la que conocían los criollos. Efectivamente, ésta se asentaba sobre bases débiles y los líderes indígenas carecían de un poder de coerción sobre sus indios, basando su autoridad en la capacidad de organización y administración de los asuntos internos de la parcialidad y en su habilidad y destreza para lograr buenos resultados. Esta laxitud de la autoridad cacical llevaba a que frecuentemente el jefe no pudiera "contener" acciones autónomas de sus indios como, por ejemplo, la realización de malones a establecimientos fronterizos²⁴.

Los acontecimientos de Bahía Blanca tuvieron repercusión en la zona de Tapalqué. El comandante del cantón, Bernardo Echeverría, comenzó a informar desde principios de agosto, que los caciques pampas sabían de la sublevación que se estaba gestando en Bahía Blanca agregando en sus informes que el cacique Venancio ignoraba esos movimientos. Lo más peligroso para los indios pampas era que los sublevados aparentemente estaban en combinación con sus vecinos chilenos Reylef y Tracaman, ya que diariamente estaban recibiendo chasques del cacique borogano Alon quien estaría implicado en la sublevación y que se encontraba ubicado a una distancia intermedia entre Tapalqué y Bahía Blanca.

El gobernador intentó disipar los temores de Echeverría. Rosas descartaba la posibilidad de una sublevación de los chilenos de Tapalqué y suponía que los rumores que partían de los pampas no debían ser tomados muy en cuenta. Sin embargo, la situación en el cantón era de gran intranquilidad, razón por la cual el comandante había tomado varias medidas de precaución que involucraban fundamentalmente a los indios pampas. En ese sentido, había dispuesto tener sobre las armas a toda esa indiada durante la noche, mantener vigías cerca de los indios chilenos; establecer una pequeña partida de pampas a una distancia de seis leguas de las tolderías de los chilenos en el camino obligado para comunicarse con el jefe Alon con la orden de tomar prisionero cualquier chasque que procediera de esas tolderías; finalmente, otros indios pampas de confianza se hallaban custodiando las caballadas de los chilenos para avisar sobre cualquier movimiento.

Para obtener más información, así como para tratar de llevar algo de tranquilidad a los indios pampas, las pulperías de Tapalqué jugaron un papel importante que refiere a la importancia de su función como ámbito de sociabilidad en la campaña. Por orden de Echeverría, los pulperos debían disipar en los pampas sus desconfianzas hacia los vecinos chilenos expresando que los "malos" eran los chilenos "que venían de afuera" y que por ello debían estar alertas para no ser víctimas de un ataque. De igual manera, y para no crear en los chilenos tapalquinos el temor de que eran controlados o vigilados, el coman-

²⁴ Para un análisis sobre la diferencia entre los conceptos de poder y autoridad aplicado a estos grupos ver Martha Bechis, "Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿autoridad o poder?" en *La etnohistoria en CD*, Revista Naya, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1999. Para un panorama más general sobre la estructura de poder en el mundo indígena tardo colonial ver M.A. Palermo, "La compleja integración hispano-indígena del sur argentino y chileno durante el período colonial", *América Indígena*, Vol LI, n° 1, México, 1991.

dante ordenó a los comerciantes que los trataran con suma cordialidad, que no hicieran cuenta de los posibles insultos de éstos pero que estuvieran alertas y comunicaran la más mínima novedad.

Los pulperos informaron que la cantidad de indios chilenos que se acercaban a comerciar era cada vez mayor y que habían empezado a mostrar una actitud desafiante. Como ejemplo, un negociante mencionaba que un oficial hermano del cacique Reylef “que siempre se ha portado con moderación” había ido a desempeñar unas espuelas suyas por las que debía 30 pesos y que en lugar de pagar por la devolución de las espuelas, las había tomado llevándose, además, una cantidad de mantas y estribos que hacían un total de 98 pesos sin pagar nada. Más allá de este caso puntual, los pulperos indicaban que los chilenos estaban llevándose una cantidad inusitada de mantas que no tenía comparación con lo que acostumbraban los pampas lo que podía estar indicando que estaban preparándose para abandonar el asentamiento²⁵.

El 30 de agosto el gobernador envió una carta a Echeverría en la que notificaba que, habiéndose producido el ataque en Bahía Blanca y en virtud de los informes brindados por el comandante, acordaba con él en la necesidad de adelantarse a la posible agresión, atacando las tolderías chilenas de Tapalqué. La incursión se realizó en la noche del 1 de septiembre y fue llevada a cabo por un escuadrón de 150 hombres al mando del coronel Manuel García y la ayuda de 400 indios pampas de lanza y bola dirigidos por el mismo Echeverría. A estas fuerzas se agregó una partida compuesta por 30 milicianos procedente de Azul y comandada por el capitán Fermín Ludueña y una más de “18 vecinos respetables de Azul al mando del coronel Capdevila entre los que se contaba el señor cura y los señores don Pedro y don Juan Rosas hijos del gobernador”²⁶.

El parte enviado por el coronel García sobre el desarrollo del encuentro, expresaba que

“El resultado fue quedar en nuestro poder todas sus familias y haciendas y muertos en el campo como 50 indios de pelea incluso el cacique Tracaman... De los referidos indios pampas situados en Tapalque ninguno ha aparecido infiel ni tampoco de los que están por el Tandil y por lo que se ve y advierte hasta hoy toda la conivención aparece entre los chilenos. Tampoco se les ha descubierio nada a los indios de Caneullan y de Guayquil que están situados sobre la Cruz de Guerra”

El ataque sobre las tolderías chilenas hacía prever futuras represalias indígenas por lo cual Echeverría comenzó a pedir insistentemente refuerzos militares. Estos temores no fueron en vano ya que a fines de septiembre el avance comenzó por el fuerte 25 de Mayo donde una partida de unos 80 indios se había internado a unas 5 leguas de distancia tomando dos carretas de un comerciante del fuerte y seguían camino, según informaba la partida que se había enviado a perseguirlos, hacia Tapalqué²⁷.

El ataque al cantón se produjo el 1 de octubre. La fuerza atacante consistía en unas 300 lanzas boroganas y el ataque, según el parte del coronel Ramos, se centró principal-

²⁵ Echeverría a Rosas, 27 de agosto de 1836 (AGN, X, 25.2.5).

²⁶ Echeverría a Rosas, 1 de septiembre de 1836 (AGN, X, 25.2.5).

²⁷ Julianes a Rosas, Fuerte Mayo, 29 de septiembre de 1836 (AGN, X, 25.2.5).

mente sobre las tolderías de los indios amigos apresando a todas las familias de Catriel, Anuepan, Nicasio, Quiñigual y arreando unas 5.000 cabezas de ganado. Solo pudo escapar del ataque Cachul debido a que las tolderías del mismo se hallaban cerca de la división del ejército. En el mismo fueron asesinados algunos vecinos del pueblo. El encuentro, según el parte del coronel Ramos duró “por el espacio de dos y media a tres horas”. Finalmente los atacantes se retiraron pudiendo recuperarse, según informes de Ramos, la mayor parte de los prisioneros y ganado²⁸.

Luego del ataque comenzaron a llegar a los fuertes de la frontera algunos indios que habían sido cautivados y lograron escapar. Las declaraciones de ellos permiten ver, por un lado, el conflicto latente entre boroganos y pampas. Así, un indio que tenía parientes en la tribu del cacique mayor Catriel, había avisado que, al regreso del avance del 1 de octubre, los indios chilenos habían matado a “todos los indios que tenían una relación inmediata con los pampas”²⁹. Por otra parte, los cautivos informaban que los boroganos y ranqueles había llamado a otros caciques chilenos para atacar los establecimientos fronterizos. Estos últimos, entre los que se contaban los indios del cacique Calfucurá, habían llegado desde el Neuquén aportando 1.000 hombres de lanza. Reunidas las fuerzas se esperaba atacar nuevamente la zona de Tapalqué³⁰.

La “gran invasión” de enero de 1837

Estos pequeños enfrentamientos se vieron coronados por la invasión más espectacular de esta etapa que fue realizada en enero de 1837 sobre la región de Tapalqué, Azul e Independencia. Según el parte enviado por el teniente coronel Juan Aguilera al jefe del Regimiento 6 de campaña, Prudencio Rosas, los indios habían arrasado las estancias de los vecinos Chaparro, Manuel de los Santos, Manuel Guerrico, Francisco Villarino, Antonio Eguren y Genaro Chaves. El parte de Aguilera informando sobre su actuación es elocuente sobre la envergadura del ataque. Ante las noticias que iba recibiendo, Aguilera dividió su fuerza en distintas partidas y su marcha fue realizada “*muy despacio porque la cerrazon no me permitia explorar el campo y como por otra parte, la rapida y simultánea invacion de tantos establecimientos a un tiempo me hacia persuadir que los indios fuesen en numero crecido*”. La división enviada por el lado izquierdo había llegado al establecimiento de Los Dos Amigos donde encontraron muerto al mayordomo, un esclavo y un peón. La división del centro había recorrido las estancias de Chaves donde se hallaron tres muertos y las de Eguren, Guerrico y Ludueña, que estaban ardiendo. En conclusión, el parte indicaba que

“Los indios han arrasado con todas las haciendas bacunas, caballares y aun lanares de todo el Azul como tambien se han llevado cautivas todas las familias que han encontrado desde la estancia de Chaparro hasta la del sor Miñana y parte de la hacienda vacuna y caballar de estas estancias, todas las haciendas de los Dos Amigos y aun se dice que han llevado las haciendas de la Corina y Teodolina...”

²⁸ Echeverría a Rosas, Tapalqué, 1 de octubre de 1836 (*Ibidem*).

²⁹ Echeverría a Rosas, Tapalqué, 19 de octubre de 1836 (*Ibidem*).

³⁰ Informe de Prudencio Rosas a Rosas, 18 de octubre de 1836 (*Ibidem*).

Las partidas indígenas habían entrado por distintos puntos: por los arroyos Chapaleufú y Huesos, por Tapalqué y la más numerosa que tenía entre 700 y 800 indios por la región de Azul. La fuerza total de los indios, según informes de algunos cautivos que habían logrado huir, era de unos 1.800 indios.

Las fuerzas indígenas abandonaron rápidamente la zona fronteriza sin que se registraran enfrentamientos de envergadura. A los tres días del ataque, el oficial José Ramón de Isla notificaba haber recorrido el campo sin encontrar rastro de los invasores por lo que suponía que *“los enemigos han salido por las puntas de Quequén recostandose siempre a la costa con el fin de huir de la división de Ramos que la suponían en la Blanca”*.

Luego de unos meses de cierta tranquilidad, el 14 de agosto una coalición de 1.700 indios boroganos, ranqueles y otros grupos chilenos cayó sobre el fuerte de Bahía Blanca. La fuerza atacante tenía su campamento al oeste de Salinas Grandes; al regreso de la incursión, un grupo chileno regresó a su tierra con el botín, en tanto Calfucurá y otros caciques permanecieron en las pampas para continuar los malones sobre Cruz de Guerra y Bahía Blanca.

Las invasiones sobre la frontera se prolongarían durante todo ese año motivando la preparación de una expedición hacia las mismas toderías indígenas. La expedición a Salinas Grandes comandada por el coronel Del Valle se extendió de octubre de 1837 a enero de 1838 y logró desarticular en parte la alianza conformada por boroganos, ranqueles y chilenos. En efecto, luego de algunos encuentros militares, pequeños grupos boroganos se acercaron a las autoridades de frontera solicitando las paces y, de esa manera, fueron incorporados a la estructura del negocio pacífico. Este desmembramiento de la alianza llevó al retiro temporal del cacique Calfucurá que se situó en la zona cordillerana y sólo a fines de 1840 volvió a la zona de Salinas Grandes³¹.

La inseguridad de la frontera

La coyuntura de 1836-1837 mostró el estado de indefensión en que se hallaban las poblaciones fronterizas. La deficiencia en las obras de fortificación y la escasez de fuerzas para defender las poblaciones, fueron problemas que surgirían permanentemente en la correspondencia de los comandantes de los fuertes y de las divisiones milicianas que existían en la zona.

El grado de deterioro de los fuertes en Azul y Tapalqué era verdaderamente notable. En el segundo punto el comandante informaba que las obras de defensa estaban totalmente obsoletas y, además, el cantón ni siquiera contaba con foso ni potrero. Esto había llevado a utilizar la quinta del general Marcos Balcarce para asegurar las familias de los indios amigos y de los vecinos componiendo el foso y la zanja³². Para las tareas de

³¹ Informe dado por el cacique Chagallo al comandante de Patagones en carta a Rosas del 20 de septiembre de 1837 (AGN, X, 25.5.1).

³² Echeverría consideraba que todas las familias del cantón podían ubicarse dentro de la quinta por tener mucha extensión. Los toldos de los indios se ubicaban a la orilla de la zanja a distancia de doce varas de ella “y muy unidos unos a otros para que los indios y cristianos puedan impedir en caso de sorpresa que los indios enemigos se internen hasta la orilla del zanjeado pues se ha visto en la invasión anterior que ningún indio atropelló toldo que veía gente a pie y con armas...”. Echeverría a Rosas, 29 de octubre de 1836.

reparación, Rosas recomendaba contratar peones y no utilizar al personal de tropa porque “es necesario que los soldados estén descansados en caso de alarma”. Los jornales debían ser pagados con dinero que se pediría a los negociantes a los que se daría un recibo por el importe que luego sería liquidado por la Contaduría³³. Sólo cuando terminara el alerta por los ataques, el comandante debería dedicarse a reparar las obras del mismo fuerte que involucraban la realización de un nuevo foso y potreros para la seguridad de las familias y haciendas. La situación de temor y el repliegue de la población había llegado a tal extremo que ningún toldo de los indios amigos se ubicaba más avanzado que el cantón “a la parte de afuera desta comandancia”. Con respecto a la fuerza efectiva para la defensa del mismo, se contaba solamente con seis hombres ya que el resto de la dotación se encontraba ocupada en el cuidado de la yeguada, caballada y ganado y servicio de posta.

Esta imagen era muy similar a la que describía para Azul Prudencio Rosas, comandante del Regimiento 6 de milicias, donde el estado de alarma había llevado también a cierto despoblamiento del lugar³⁴. En octubre de 1836, informaba que “*casi han habandonado las familias el pueblito ... pero mi benida y la fuerza al mando de Aguilera a echo desterrar algun tanto el terror panico que tenian pues asta las mujeres anduvieron arrimando carretas para aser un cuadro dentro del foso*”.

Las obras de defensa del fuerte, para el comandante, dejaban mucho que desear; el fuerte “*es muy grande [pero] no hay ni un baluarte para colocar un cañon ...*” por lo que sugería “*...aser dos baluartes uno en la esquina del foso que mira al este y otro en la que mira al oeste deste modo los cañones colocados pueden crusar los fuegos y defenderse con la mayor facilidad*”³⁵.

A la sensación de inseguridad que se desprende de estas imágenes se agregaba una gran desorganización en la estructura de mandos. El informe de Prudencio Rosas ya señalado, alertaba sobre el estado de caos que existía en Azul al punto que describía que “*esto asido aquí un laberinto*” donde distintas autoridades civiles y militares se consideraban las indicadas para tomar las medidas de acción. Según Prudencio, el juez de paz del partido de Azul, Manuel Capdevila “*recibía ordenes de diversos lados y no sabía a quien obedecer... todos querian que se hisiese lo que acada uno parecia casi todos se oponian a las medidas que el comandante [de Tandil, Pablo Muñoz] queria tomar*”. Además de Muñoz, el comandante de Azul, Pedro Burgos, también daba sus órdenes al juez de paz.

“Burgos le ha dado orden a Capdevila para que algunos milicianos residentes en el partido de Ranchos se les de papeletas de enrolamiento como pertenecientes al Azul y diciendole yo a Capdevila que abia hecho mal en dar papeletas a individuos que por ningun titulo pertenecen al partido de su cargo dice este que no save como enten-

³³ Era frecuente que los negociantes y vecinos de los fuertes adelantaran dinero y recursos para los gastos del asentamiento militar. Ver S. Ratto, “Poblamiento en áreas de frontera: el funcionamiento de los fuertes al sur del río Salado en la década de 1830”. Mimeo, 2002.

³⁴ De igual manera, en marzo de 1837 el comandante del fuerte Independencia, informaba que la posibilidad de otro ataque había provocado “*estar todos los vecinos de Chapaleufu sobresaltados y en estado de despoblar sus estancias*”. Muñoz a Rosas, 28 de febrero de 1837 (AGN, X, 25.5.1).

³⁵ Prudencio Rosas a Rosas, 18 de octubre de 1836 (AGN, X, 25.2.5).

*derse pues Don Pedro le da una orden y yo le doy otra, así es que no nos podemos entender y arreglar*³⁶

De manera que tenemos al juez de paz de Azul, bajo cuya jurisdicción se encontraba también el cantón de Tapalqué, que se ve presionado por dos comandantes militares para cumplir sus órdenes. Podría pensarse que en Azul, el hecho de que el comandante intentara arrogarse mayor poder, tenía su fundamento en el hecho de que el juzgado de paz recién había sido creado y que, anteriormente, su dependencia del lejano juzgado de Chascomús lo podría haber dotado, en los hechos, de una autoridad mayor. Más llamativo es el caso del comandante del fuerte Independencia que también se creía con derechos para ordenar al juez de paz Capdevila. Un dato llamativo es que, al realizarse el censo del año 1836, mientras el correspondiente al partido de Azul fue realizado por su juez de paz, Independencia fue censado por el comandante del fuerte quien se disculpaba ante el gobierno por la demora en entregarlo debido a que, al “no conocer el deslinde de esta fortaleza con los Departamentos de Azul y Monsalvo... debió tomar conocimiento con los jueces de paz de dichos partidos para formar el Padrón”³⁷. Esta superposición y/o indefinición de las jurisdicciones de cada autoridad estaría indicando que en los partidos de frontera, la conflictividad inherente a esas zonas otorgaba a la autoridad militar una prerrogativa poco común con respecto al resto del espacio provincial, al punto que en estas regiones podía llegar a sobrepasar a la del juez de paz³⁸.

En este contexto de inseguridad y desorganización veremos de qué manera se hizo frente a la agresión indígena que se mantuvo de manera constante en este período.

Los cuerpos de milicianos

La defensa de la frontera sur durante esta etapa descansó fundamentalmente en los cuerpos de vecinos-milicianos y las unidades de indios amigos. Las ventajas económicas de utilizar estas fuerzas eran evidentes. El tipo de ataque indígena basado en tácticas de guerrilla y rápidas incursiones habría significado el establecimiento de cuerpos estables en cada uno de los puestos con los consiguientes gastos fijos de abastecimiento y salarios de dichos cuerpos. Esta situación era similar a la que puede observarse en otros ámbitos geográficos que contaban con fronteras indígenas, como es el caso de Chile y México en su frontera norte. El peso que significaba para el erario el mantenimiento de una estructura militar defensiva en los límites fronterizos era una preocupación constante de los

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ AGN, X, 25.2.4. De la misma manera, aunque el fuerte de Tapalqué se encontraba bajo la jurisdicción de Azul, el censo fue levantado por el comandante Echeverría.

³⁸ Una situación similar a ésta es analizada por Raúl Fradkin en un trabajo reciente sobre la criminalidad en la provincia de Buenos Aires durante la década de 1820. Fradkin señalaba que la presión enroladora que se produjo en el año 1826 como consecuencia de la guerra del Brasil llevó a que los jueces de paz y comisarios de campaña debieran actuar de acuerdo con los comandantes militares para cumplir las órdenes que éstos recibieran. Esta circunstancia fue acompañada por una subordinación de las milicias al Ejército con lo cual la autoridad del juez de paz se erosionó. Raúl Fradkin, “El asalto de los pueblos de Navarro y Luján en 1826”. 2001 (mimeo). En este mismo volumen, cfr. “Asaltar los pueblos. La montonera de Cipriano Benítez contra Navarro y Luján en diciembre de 1826 y la conflictividad social en la campaña bonaerense”.

gobiernos centrales que intentaron distintos recursos para disminuir el gasto en defensa³⁹.

Entre las soluciones puestas en práctica, la política de establecer "colonias militares" fue una práctica implementada en algunas provincias de la frontera norte de México luego de la independencia. El elevado costo que significaba para el gobierno central sostener cuerpos regulares en la zona motivó una reorganización militar por la cual se derivaba al ámbito provincial la defensa de sus fronteras con los indígenas. De esa manera, algunas provincias implementaron la política de hacer descansar la seguridad de su región en las milicias cívicas de pobladores. En efecto, mediante el otorgamiento de algunos privilegios como subsidios financieros y/o exención de ciertas cargas impositivas, los pobladores que se asentaron en la región fronteriza debieron cumplir con la obligación militar en su circunscripción⁴⁰.

En el caso de la frontera bonaerense, el recurso de los indios amigos tenía la doble ventaja de no generar un costo extra en sueldos ya que la percepción de las raciones era, de hecho, el "pago por todo tipo de servicio" y además vivían en la misma zona que requería auxilio militar.

Con respecto a los milicianos, su movilización para actuar en acontecimientos puntuales significaba una erogación en sueldos circunscripta al tiempo que durara su actividad. Si bien no llegó a implementarse aquí una política de asentamientos del tipo de colonias militares, creemos que el decreto del 5 de mayo de 1827 que establecía la entrega de terrenos en propiedad sobre la nueva línea de fronteras a personas y familias pobres, puede considerarse el fundamento de esta idea de la utilización de los vecinos-milicianos en la defensa del territorio.

Sobre esta idea, Rosas, entonces comandante general de campaña, encaró el avance fronterizo de 1828. Su propuesta para lograr la radicación de la población en las inmediaciones de los nuevos fuertes debía centrarse en la entrega de tierras para que con el tiempo se convirtieran en centros productores. Para alentar la instalación de familias en las nuevas zonas debía informarse en todas las parroquias y partidos "*que las familias que gustaren marchar a las nuevas guardias serian conducidas y alli abiliadas con tierras y con los mas auxilios que proporcione la suscripcion así de instrumentos y utiles de labranza como de algunos animales...*". Esta propuesta de reparto de tierras no se limitaba a los pobladores civiles, sino que contemplaba también que "*... los soldados que fueren casados y los que se casaren en las nuevas guardias tendrán los mismos auxilios y consideraciones que las familias pobres que fueren... la tropa como los oficiales participarán de la distribucion de tierras a la que precederá la planta del pueblo, al que bajo la proteccion del fuerte se adjudicará un campo de seis leguas de frente y fondo; para la distribucion de solares, chacras y suertes de estancia*"⁴¹.

³⁹ Para la frontera chilena, ver Patricia Cerda-Hegerl, **Fronteras del sur. La región del Bio Bio y la Araucanía chilena 1604-1883**. Chile, Universidad de la Frontera, 1995. Para la situación de la frontera norte de México, David Weber, **La frontera norte de México, 1821-1846**, Madrid, Mapfre, 1992.

⁴⁰ Para un análisis de la región de Chihuahua, ver Ana María Alonso, **Thread of blood**, Tucson, University of Arizona Press, 1995 y para Texas, Andrés Tijerina, **Tejanos & Texas under the Mexican flag, 1821-1836**, Texas A&M University Press, 1994.

⁴¹ Ver S. Ratto, "Poblamiento..."

En el caso de Azul, como ya vimos, este esquema de poblamiento parece haberse acercado bastante a una colonia militar. Recordemos que, a la entrega de parcelas de tierra para su explotación se agregó la exigencia del servicio miliciano solamente en esa circunscripción⁴². Para redondear la concepción que tenía Rosas acerca del rol que debían cumplir los habitantes de la frontera, vale la pena transcribir el fragmento de una carta que le escribió a su hermano Prudencio, en Azul, como consecuencia de los ataques que estaba sufriendo el pueblo. Rosas expresaba que el comandante del fuerte no debía ocuparse de

*“la defensa del Pueblito pues que el vecindario para esto debe estar con las armas en la mano toda vez que sea necesario para su propia defensa para lo que ya le han ido sobrados armamentos y municiones; así como de los mismos recursos del vecindario deben sacarse recursos para los artilleros que faltan por que todo no lo hade mandar el gobierno en los casos en que los pueblos fronterizos deben hacer los esfuerzos necesarios para su propia conservacion y defensa.”*⁴³

Esta idea era compartida por el mismo comandante de Tapalqué quien consideraba que con las fuerzas de los vecinos y de los indios amigos se podía defender eficazmente la zona. Luego del ataque a las tolderías chilenas en septiembre de 1836, Echeverría proponía al gobernador que *“estando mas en contacto con los sucesos recientes [y] ... habiendo por otra parte reconocido una parte del terreno hasta fuera de la sierra de Tapalqué y habiendo tomado los conocimientos que los caciques y demas indios amigos le han dado de los puntos por donde pueden abanzar los indios enemigos”*, se destinara sólo una división regular de 150 hombres ya que, teniendo en cuenta que los indios podían aportar entre 800 y 900 guerreros y que el vecindario de Azul había respondido tan rápidamente al ataque anterior se podrían reunir unos 1.500 hombres entre cristianos e indios amigos con lo que consideraba que se aseguraría totalmente la zona.

Resumiendo, a fines del año 1836 los cuerpos de milicianos habían experimentado una rápida y amplia movilización por la zona fronteriza. Según las cifras presentadas en el siguiente cuadro, la cantidad de milicianos movilizados en cada circunscripción y para cada fuerte y campamento militar fue la siguiente:

⁴² Una prerrogativa similar pero con un límite temporal fue otorgada para los pobladores de Dolores en el año 1828. Por un decreto del gobierno se establecía que los vecinos de dicho pueblo quedaban eximidos del servicio de milicia “fuera del punto de su domicilio” durante ocho meses, a excepción de casos de invasión u otro peligro de entidad. Registro Oficial.

⁴³ Rosas a Prudencio Rosas, 26 de octubre de 1836 (AGN, X, 25.2.5). Consideraciones similares había hecho en otra carta a Echeverría donde expresaba que los 30 infantes que enviaba al cantón sumado a “los vecinos y los indios que no esten en campaña... debe Ud hacer su defensa en caso de aparecer enemigos”. Rosas a Echeverría, 21 de octubre de 1836 (*Ibidem*). Esta medida del gobernador es coincidente con la visión que los mismos pobladores de Azul habían mostrado en la década de 1860: “... se han creado grandes y pingues condados sirviéndoles de antemural a sus haciendas los pobres vecinos de Azul, quienes a mas de haber sido sacrificados por los indios, fueron y son los mejores y más baratos soldados de la frontera...” (citado en Infesta, “Propiedad rural...”).

Cuadro 2. Fuerzas milicianas por regimiento y por fuerte en 1837

	Federación	Barrancosa	25 de Mayo	Mulitas	Laguna Blanca	Azul- Tapalqué	Tandil	Totales
Regimiento 1				150				150 6,6%
Regimiento 2		220	260					480 21,2%
Regimiento 3					470			470 20,7%
Regimiento 4	290							290 12,8%
Regimiento 5					24	100	193	317 14,0%
Regimiento 6						560		560 24,7%
Totales	290	220	260	150	494	660	193	2.267

Fuente: Idem cuadro 1.

Teniendo en cuenta que el total de la fuerza miliciana en la provincia era de 4.800 efectivos, puede verse que en esta ocasión fueron convocadas casi la mitad de las fuerzas existentes. El peso que tuvo este reclutamiento en los partidos del sur es verdaderamente notable ya que alcanzó a más del 59% del total. Si nos centramos en el llamado nuevo sur⁴⁴, el porcentaje se reduce al 38,7%. Sin embargo, teniendo en cuenta que la cantidad de población en estos nuevos pueblos era muy inferior al resto de los partidos de más antigua colonización es imaginable suponer el peso que habrá significado para los pobladores el reclutamiento realizado.

En cuanto a las fuerzas regulares, los refuerzos enviados fueron muy limitados (ver Cuadro 3). De manera que, a inicios de 1837, suponiendo que la fuerza de los indios de pelea amigos no experimentaron cambios de importancia, a excepción del fuerte de Bahía Blanca producto de la sublevación de los boroganos, las fuerzas que guarecían la frontera mostraban la siguiente distribución, resultando indudable que la zona de Azul y Tapalqué fue la más protegida.

Si bien el incremento de milicianos fue muy notable con respecto al año anterior, el número de indios amigos de pelea siguió siendo apabullante.

Sin embargo, la cantidad de efectivos movilizados y dispuestos a enfrentar los ataques indígenas no habría sido una garantía de éxito en los enfrentamientos. Un informe del comandante del fuerte Independencia sobre los acontecimientos que siguieron a la invasión de enero de 1837 lo señala claramente. Muñoz relataba en su informe que la entrada indígena había demostrado su *“audacia ... en haver llegado hasta la inmediación del Azul dejando a Tapalque a su izquierda y a la división Ramos [en Laguna Blanca] a su retaguardia”*. Ante las noticias del avance por los arroyos de Chapaleufú y los Huesos, el comandante de Tandil ubicó su fuerza compuesta de 200 hombres de la milicia y 200 indios en la cabeza de dichos arroyos, situación desde la cual buscaba proteger la

⁴⁴ Según la expresión de T. Halperin Donghi, “La expansión ganadera en la campaña bonaerense (1810-1852)”, *Desarrollo Económico*, 3:1-2, 1963; y “La expansión de la frontera de Buenos Aires (1810-1852)” [1969], en Marcos Giménez Zapiola (comp.), *El Régimen Oligárquico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

Cuadro 3. Fuerzas regulares, milicianas e indígenas en 1837

Fuerte	Fuerzas regulares		Milicias		Indios amigos		Totales por fuerte
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	
Federación	80*	10,2	290	37,1	412	52,7	782
25 de Mayo	55**	13,6	260	64,4	89	22,0	404
Tapalqué-Azul	53**	3,3	660	40,7	900	56,0	1.613
Independencia	43§	7,7	193	34,7	320	57,6	556
Bahía Blanca	672§§	62,7	Sin milicianos		400	37,3	1.072
Totales por tipo de cuerpo	903		1.403		2.121		

Nota: * Dragones. ** Dragones e infantes. § Dragones y artilleros. §§ Blandengues, dragones y artilleros. No se agregan en este cuadro las fuerzas milicianas existentes en los campamentos de Mulitas, Barrancosa y Laguna Blanca.

Fuente: Idem cuadro 1.

fortaleza y mantenerse en contacto con las divisiones de Ramos y Aguilera en Azul. La atinada estrategia del comandante no se prolongó en sus acciones militares ya que según su relato

“...marche el día 7 [de enero] con 200 hombres de la milicia reunida de antemano y 200 indios pampas... el 8 llegue a la estancia de Morilla... el 9 al medio día recibí una nota del señor Mayor Islas y a la tarde la del comandante Aguilera en que me avisaba la retirada del Coronel Ramos y la orden que tenía de este jefe para hacerlo con su división, sorprendido entonces por la retirada de aquellas fuerzas dispuse también mi regreso a este punto [fuerte Independencia] donde llegue el día 10 al medio día”

El gobernador no recibió con el mejor humor esta noticia, por el contrario los hechos descriptos por Muñoz le resultaban “*vergonzosos a la fama belicosa del ejército, a sus gloriosas y demás virtudes marciales*”. Según sus cálculos, “*con una sola división había bastante para haber acuchillado a los indios y con solo haberlos seguido en quadro el teniente coronel Don Juan Aguilera habría habido bastante para que se llevasen las haciendas y para acuchillarlos*”.

A pesar del enojo de Rosas y de su visión sobre la rápida victoria que pudo haberse obtenido en el encuentro, un punto a tener en cuenta en estos enfrentamientos son las diferentes tácticas de guerra utilizadas por criollos e indígenas. Recurriendo nuevamente al coronel Prudencio Arnold, puede leerse en sus memorias, la dificultad que encontraban las tropas provinciales para vencer a la guerrilla indígena a pesar de contar con armas de fuego⁴⁵.

⁴⁵ Las ventajas que pudo haber tenido la posesión de armamento bélico europeo en los enfrentamientos interétnicos es un tema muy discutido y en general se plantea que al menos las primeras armas de fuego no tuvieron una decisiva ventaja sobre las armas nativas fundamentalmente por su dificultad para la recarga (ver la Introducción de Brian R. Ferguson y Neil Whitehead (eds.), *War in the Tribal Zone. Expanding*

Según Arnold, la caballería indígena era superior a la criolla tanto por la destreza del indio como por el tipo de arma que usaba: una larga lanza que atacaba en primer lugar al caballo del contrario. Esto provocaba un retroceso del animal que chocaba con los soldados que venían detrás, desorganizando la formación. De ahí, según Arnold, que las bajas que se daban en el lado criollo e indígena pudieran contarse en una relación de 10 a 1. En este tipo de encuentros, la infantería era poco efectiva por el hecho de ser pesada lo que explicaría la escasa cantidad de infantes que hemos detectado en los fuertes. Por otra parte, la formación en cuadro de las fuerzas provinciales, única según Arnold que inspiraba temor en los indígenas, era enfrentada mediante pequeñas guerrillas que atacaban distintos flancos: mientras unos grupos llevaban el ataque por el frente, otros picaban los caballos por retaguardia para producir la desorganización en las filas⁴⁶.

Otro aspecto que conspiraba contra la efectividad de las fuerzas milicianas se relacionaba con la insubordinación de estas tropas y el desorden en la dirección de las mismas. Prudencio Rosas consideraba que el elemento más valioso para manejar la situación era el "gran pulso en el manejo de hombres". Mencionaba que el desorden existente en Azul llegaba, como era habitual, a las milicias: "*Acido tanto el desorden que habido en el pueblo de Azul que la milicia citada se haído cuando le hadado la gana la mas de ella asi es que se han ido algunas familias*". Y ponía en evidencia el escaso resultado que brindaría este tipo de complemento militar si no se tomaban ciertas precauciones que ayudarían a disciplinar una tropa poco habituada a estas tareas. En efecto, Prudencio era consciente que el servicio de milicia creaba cuerpos desmoralizados y sin disciplina, a menos que fueran "*dirigidos por un oficial [de carrera] responsable y de mando*". Esta prevención, sin embargo, desde la óptica del gobernador podía traer mayores problemas ya que Rosas consideraba que "*enviar un oficial de carrera podría traer conflictos con el comandante efectivo del fuerte con lo cual posiblemente el remedio fuese peor que el mal*". La solución intermedia a la que se llegó en este caso puntual fue que la milicia convocada fuera puesta bajo la dirección inmediata del comandante de Independencia, coronel Muñoz, a la vez que se procurara "*proveerle de algunos oficiales buenos*".

El mismo Muñoz expresaba su recelo acerca de la utilidad de la milicia y escribía a Rosas su temor por la seguridad del fuerte en caso de tener que salir a campaña ya que solamente contaba con

States and Indigenous Warfare. School of American Research Press, 1992. Para un estudio sobre el rol de la tecnología militar en los enfrentamientos intertribales en la zona de Bahía Blanca, ver Juan Francisco Jiménez, "De males y armas de fuego. Guerras intra-étnicas y transformaciones en la tecnología bélica en Araucanía y Pampas (1818-1830)", en Daniel Villar (ed.), **Relaciones inter-étnicas en el Sur: bonaerense 1810-1830**, Bahía Blanca, Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur/ IEHS, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1998.

⁴⁶ Esta imagen sobre la dificultad de contener las guerrillas indígenas se percibe frecuentemente en los partes de campaña. Citamos a modo de ejemplo un parte del coronel Mariano Ibarrola emitido en el año 1825 que hace referencia a este tema. Ante una entrada de indios por Navarro su fuerza, que contaba con 300 hombres y tenía como armamento un cañón, enfrentó la partida indígena derrotándolos. Sin embargo, una legua más arriba otra división de indígenas arreaba haciendas. Las fuerzas fueron en su persecución pero los indios huyeron dejando parte de la hacienda. Mientras esto sucedía otra división mayor que las anteriores les quitaba de la retaguardia los caballos de repuesto. Cuando intentaron alcanzarlos, los indios abandonaron la hacienda y se internaron en las pampas. AGN, VII, Archivo Biedma.

"174 milicianos, 37 dragones y 6 artilleros teniendo que dejar en esta guarnición en caso de salir a campaña una corta fuerza para su custodia [por lo cual] solo se puede contar con la milicia resultando que de esta hay muchos que ya han cumplido once meses de destacamento en este punto, otros nueve y ocho sin haber tenido relevo pues aunque el que habla mando algunas partidas a traer gente de los montes para relevo de esta fuerza no se ha podido conseguir"

Aquí se volvió a plantear un choque de atribuciones. El comandante del fuerte no tenía la atribución de "traer gente... para relevo" de la milicia. En la respuesta del gobernador a la nota citada, se reprendió a Muñoz por haber llamado a la milicia, ya que no estaba dentro de sus facultades hacerlo y mucho menos tomarla con partida *"puesto que a los milicianos lo que corresponde es citarlos previa orden superior... y entonces los que no obedecen se prenden y se remiten a esta capital para ser destinados a los cuerpos de línea"*.

Las milicias auxiliares de los indios amigos

Como hemos señalado, el peso que tenían las milicias indígenas en la defensa de la frontera era indudable. La pregunta que nos surge con respecto a estos grupos es de qué manera actuaron en los enfrentamientos armados y qué rol cumplieron en ellos.

Ferguson y Whitehead se refieren a las fuerzas auxiliares indígenas con las que podía contar un Estado, como "soldados étnicos". Estos serían grupos nativos que pelean bajo el control o la influencia de los agentes estatales y son empleados para diversos fines como atacar fuerzas de otros estados, de nativos aliados de esos estados enemigos o de indígenas independientes. La enseñanza de tácticas militares estatales es muy común en situaciones de contacto sobre todo con la existencia de soldados étnicos⁴⁷.

Desde otra perspectiva, Guillaume Boccara señala que los indios amigos del sur de Chile no asimilaron las estrategias bélicas hispanas sino que continuaron con sus propias tácticas guerreras. Por otra parte, tampoco a los españoles les interesaba la unificación de las tecnologías bélicas; el objetivo de contar con estos aliados era tener cuerpos auxiliares que conocieran el territorio, los lugares de asentamiento de los grupos hostiles y su modo de guerrear. La única exigencia que tenían los españoles en este punto, era que a la cabeza de las fuerzas indias existiera un jefe militar español que compartiera la dirección de estos cuerpos con un jefe indio⁴⁸.

En el caso de nuestros indios amigos, la coordinación entre las fuerzas indígenas y criollas respondía más al segundo esquema. En el parte elevado luego del encuentro del 1 de septiembre en Tapalqué, el coronel Manuel García, expresaba, con una mirada muy

⁴⁷ Ferguson y Whitehead, *War...* cit. Para los autores, el control que ejerce el estado sobre estos soldados étnicos puede ser muy diverso y abarcaría esquemas en donde grupos nativos independientes se relacionan mediante alianzas con el estado, unidades auxiliares asalariadas y regulares, grupos mercenarios de indígenas con una cuestionable lealtad hacia el estado del que dependen, etc. En todos los casos, y fundamentalmente en aquellas relaciones en las que los grupos indígenas gozan de una mayor autonomía, se combinan los objetivos del estado y los propios de estos últimos.

⁴⁸ G. Boccara, "Tipos de poder y estrategias de sujeción en el sur de Chile", *Anuario de Estudios Americanos*, LVI, 1, 1999.

etnocéntrica, la dificultad que encontró para combinar una estrategia conjunta *“por ser los indios incapaces de comprender todo cuanto se les dice”* motivo por lo cual el militar recomendaba *“que operasen según combiniese a las circunstancias teniendo presente el auxiliarnos unos a otros pues que de otro modo era muy facil confundir a los indios amigos con los enemigos a pesar de la divisa que llevaban los nuestros”*.

El coronel Echeverría también coincidía con la desorganización creada en el ataque por lo que sugería que, en adelante, las fuerzas fueran dirigidas por diferentes personas reservándose él mismo la relación con los indígenas en tanto el jefe del cuerpo militar que se designara para el cantón se limitara a comandar sus tropas. Más allá de las cuestiones prácticas alegadas por Echeverría no hay que perder de vista la intención del comandante por monopolizar la relación con los indios amigos teniendo en cuenta las características personalistas que caracterizaban las relaciones interétnicas. La propuesta fue aceptada por el gobernador Rosas quien, sin embargo, consideró que para una mejor dirección, una vez organizada la milicia indígena bajo el mando directo de Echeverría, éste debía ponerse a las órdenes del jefe de la fuerza criolla de manera que *“obrando de este modo y procurando proceder con tino y madurez no puede haber esa contradicción, es decir, U una cosa a los indios y el gefe de la division otra, por que para evitar esto, es que U debe siempre ponerse de acuerdo con el referido gefe y no obrar en contradicción a lo acordado...”*

De todos modos, era fundamental para Rosas que los indios se ejercitaran cotidianamente para salir a campaña. En efecto, Rosas sugería que la mejor manera para *“...entusiasmarlos y hacerles crear coraje”* debía ser *“incitarlos siempre a que diariamente hagan ejercicio a la madrugada. Esto los entusiasma mucho y los desentumece (?) y acostumbran a madrugar y a estar en vigilancia y dispuestos a esa hora. Esto prevengo a Chavarria que tambien les diga a los casiques que conviene mucho que lo ejerciten diariamente y V por su parte debe tambien aconsejarselos”*.

Al mes siguiente, en octubre de 1836, el encuentro entre las fuerzas de Azul y Tapalqué y 300 boroganos produjo las mismas críticas sobre la actuación de los indios amigos, esta vez expresada por el coronel Pedro Ramos⁴⁹. La respuesta de Rosas a este parte, como en el caso anterior, volvió a restar importancia a las críticas que se realizaban agregando además, otras consideraciones que permiten acercarse a la evaluación que realizaba el gobernador acerca de la importancia del negocio pacífico. Estos indios no eran importantes solo y exclusivamente como milicias auxiliares ni su función se terminaba en esta ayuda militar. Si bien esta obligación no era menor, los indios amigos sirvieron de importante reservorio de mano de obra para una economía rural en expansión y, durante esta etapa, crónicamente escasa de trabajadores⁵⁰.

Según el informe del coronel Ramos

⁴⁹ La división a cargo de Ramos se componía de los escuadrones de carabineros de los regimientos 3 y 6 de campaña (este último a cargo de Manuel García) que llegaban a 462 hombres veteranos a la que se agregó una fuerza de 340 indios amigos a cargo del caciquillo Nicasio. La formación de las fuerzas se realizó de la siguiente manera: en el costado derecho se ubicó parte del regimiento 3 bajo las órdenes de Maza, al centro el resto del regimiento 3 junto al número 6 bajo el mando de García y en el costado izquierdo los indios amigos dirigidos por Eugenio Bustos.

⁵⁰ Ver S. Ratto, “Una experiencia fronteriza...”, *cit.*

"los nuestros [indios amigos] no querían salir de nuestro costado ni cargar por que escandalosamente los asian volber y se nos metian dentro de mi cuadro hasta que para la retaguardia mia aparecio el cacique Payne y alentando a sus compañeros junto con Quiñigual y a la cabeza Bustos entraron en pelea"⁵¹

La respuesta del gobernador restó importancia al comentario del militar. Para Rosas la primera reacción de temor de los indígenas era lógica fundamentalmente porque el ataque se había centrado en sus mismas tolderías y buscaba como botín a sus familias⁵² y, por otro lado, había que tener en cuenta que *"los pampas ha tambien muchos años que no se exercitan y toda esa mohtonada de 20 a 30 no tiene absolutamente motivos para conocer la pelea ni el modo de vencer"*⁵³.

Efectivamente, gran parte de estos indios hacía más de diez años que estaban viviendo en la campaña bonaerense bastante preservados de los enfrentamientos intertribales que se desarrollaban en el área pan araucana. Este hecho avala la idea que planteamos al comienzo del trabajo sobre lo poco conveniente que debía resultar a los indios pampas rebelarse contra el gobierno. Teniendo en cuenta esta falta de práctica guerrera de los indios, la argumentación de Rosas proseguía con un llamado de atención al hecho de que, a pesar de esta circunstancia, los indios habían acompañado a las fuerzas provinciales y habían combatido contra los enemigos; de ahí que lo importante era felicitar en su nombre a *"los caciques mayores, caciquillos y capitanejos todos... por el triunfo que hemos obtenido en union con ellos sobre los enemigos"*. Estas expresiones debían ser acompañadas con la realización de una fiesta para celebrar el triunfo y además de este festejo general, Rosas indicaba que el mismo Ramos o Echeverría debían felicitar a cada uno de los caciques, caciquillos y capitanejos con la expresa indicación de que debía hacerse *"a cada uno aparte por separado cuando U tenga oportunidad de poderlo hacer sin hacerse notar de otros indios"*⁵⁴.

De la misma manera que la ayuda militar no era la única función de estos indios, el papel cumplido por los principales caciques pampas, Catriel y Cachul, no fue idéntica en esta situación de conflicto fronterizo.

En el ataque del 1 de septiembre de 1836 en la zona de Tapalqué, el comandante Echeverría exaltaba el papel cumplido por el cacique Catriel en los siguientes términos:

"La conducta particular de los caciques mayores y demas oficiales indios asido recomendable y an demostrado practicamente que son unos amigos fieles de nuestro ilustre restaurador de las leyes y yo seria un injusto sino pudiese en el conocimiento de VS

⁵¹ Ramos a Rosas, Tapalqué, 1 de octubre de 1836 (AGN, X, 25.2.5).

⁵² Así se expresaba Rosas: *"es natural en el primer efecto de una sorpresa pues que asi son todos los indios cuando al sorprenderlos se apodera el invasor de sus toldos y familias y como que no pueden tener orden..."*

⁵³ La misma opinión tenía Echeverría al escribir a Rosas que los indios de Tapalqué estaban tan habituados al trabajo en las estancias que resultaba difícil convocarlos para conformar las milicias auxiliares (Echeverría a Rosas, 3 de marzo de 1836, AGN, X, 25.3.2).

⁵⁴ La recomendación de felicitar a cada indio por separado y en forma reservada era una práctica habitual que Rosas ponía en juego para cristalizar la idea sobre la existencia de vínculos personales que lo unían a los indios más importantes en quienes quería crear un relación de confianza y obediencia personal.

un acto de patriotismo del cacique mayor Catriel quien estando casi ciego al extremo de no distinguir a su inmediacion por cuya causa se cayo en un poso pocos dias ha y se fractura una costilla; fue sin embargo destos encombenientes el primero que se presento con sus dos hijos a la cabeza de sus indios siendo presiso que lo alsaran a caballo por no poder aserlo por si. Viendolo en este estado le dije que se retirase a sus toldos asiendole reflexiones que me parecieron prudentes por el mal estado de su salud y su contestacion fue lo que transcribo a VS tal como el lo dio "yo no soy unitario que cuando hay que pelear se asen enfermos y quiero ir con mis indios a bengar a mi amigo D Juan Manuel nuestro gobierno porque veo que son muy malos estos chilenos" le repase otras razones y al fin se resolvio a retirarse encargando me que al indio que no me obedeciera lo matase y lo mismo dijo a sus hijos pero no quiso admitir la proposicion que le hice de llevar 25 hombres de custodia a su toldo que distaba 3 leguas, diciendo que no se abia de atender a lo menos y desatender a lo mas y solo llevo dos indios"⁵⁵.

Dejando de lado la probable exageración de Echeverría sobre la heroica conducta de Catriel parece evidente que el cacique, con su actitud, intentaba complacer al gobierno. Sin embargo, la evaluación del coronel Manuel Ramos, sobre la actuación del cacique Cachul en otro ataque sufrido al mes siguiente, no fue la misma. Según el informe de Ramos,

"Cachul y todos los indios se han comportado con mucha cobardia a terminos de abochornarnos disiendoles a todos los cobardes que eran que se lo iva a poner en conocimiento de VE que no valian ni la carne que comen ultimamente que era una vergüenza que no concluian con los enemigos y que eran unos cobardes pues solo eran 300 y ellos 1000"⁵⁶

La respuesta de Rosas es verdaderamente elocuente sobre la función que cumplía Cachul para el negocio pacífico. El gobernador le prevenía a Ramos que

*"En orden al Casique Cachul de ningun modo conviene que llegue a traslucir que U cree o dice que se ha portado con cobardia. Tal persuación en él seria un grave mal y podria traer malisimos resultados; la razon es la siguiente. Este casique Cachul no es hombre de pelea, sino de politica y asi es que yo jamas lo he ocupado en dicha pelea por el contrario siempre he cuidado de un modo indirecto que no marche a ella, por que sabia que no habia de hacer sino barros. Mas este mismo hombre flojo en la pelea es muy baliente en los consejos de la politica sabiendolo conducir; es entonces muy util y de mucho acierto en sus discursos. **Y de aquí mismo se deduce la razon para creer que si se le desagrada y el se propone enredar con su astucia en el manejo de la politica puede hacer un mal inmenso.***

Conviene pues por todo que se lo trate con toda atencion y que procure guardarle todos los fueros de caciques mayor, conservando con el una perfecta amistad..."

⁵⁵ Echeverría a Rosas, 28 de septiembre de 1836. AGN, X, 25.2.5.

⁵⁶ Ramos a Rosas, Tapalqué, 1 de octubre de 1836, AGN, X, 25.2.5.

De manera que, ante situaciones de enfrentamientos fronterizos, la función de los dos caciques no era idéntica y mientras era esperable un compromiso militar de Catriel y sus indios, Cachul debía su importancia a sus dotes diplomáticas⁵⁷.

Conclusión

Con este trabajo hemos intentado matizar la idea sobre la paz alcanzada en la frontera durante el gobierno rosista y particularmente luego de su expedición al sur. Por el contrario, vimos que inmediatamente luego de finalizada ésta, una serie de acontecimientos y conflictos intertribales llevaron a la realización de ataques de envergadura sobre la frontera bonaerense, principalmente en su zona sur. Ante esta situación nos interesaba detenemos en la forma en que el gobierno hizo frente a la defensa de la frontera o, dicho en otras palabras, sobre quiénes consideraba el gobierno provincial que debía recaer el peso de la misma. En ese sentido planteamos que los cuerpos auxiliares de los indios amigos y las milicias de vecinos cumplieron un rol destacado en esta tarea. Pero más allá de estas consideraciones acerca de la coyuntura particular que hemos desarrollado, el análisis precedente nos permite abrir la perspectiva de análisis y plantear algunos puntos en torno al estilo de vida propio de la frontera que valen la pena desarrollar y analizar en profundidad.

Un primer aspecto tiene que ver con la relativa autonomía que cobran los poblados de frontera en la resolución de determinados asuntos derivada de la distancia existente entre ellos y el centro de poder. Distancia que no tiene que ver solamente con lo geográfico sino también con las prácticas y la dinámica interna que frecuentemente escapaba a las previsiones del gobierno. La distancia espacial no fue el factor principal que hubiera aislado a los poblados fronterizos y que contribuyera a un accionar autónomo de sus autoridades. De hecho, las comunicaciones más urgentes que se cruzaron entre uno y otro punto durante los hechos relatados demoraron, en la mayoría de los casos, solamente un día.

Lo más relevante en cuanto a determinar una dinámica propia se vincula fundamentalmente al conocimiento personal que tenían los pobladores de la zona sobre los diferentes actores que vivían allí, particularmente los distintos grupos indígenas y las relaciones que existían entre todos ellos. La sorpresa de Rosas ante los acontecimientos de Bahía Blanca muestra a las claras que, a pesar de su minucioso conocimiento y su habilidad para tratar los "asuntos de indios", no llegó a captar el malestar que se estaba produciendo en los grupos amigos que habitaban cerca del fuerte. Por ello era fundamental contar con interlocutores válidos y fieles al gobernador que pudieran captar e informar lo que sucediera en esos poblados. En este punto fue muy claro el contraste que

⁵⁷ Esta actitud diferente no se limitaba a los hechos bélicos sino que en lo cotidiano, mientras Catriel mostraba una actitud conciliadora, el cacique Cachul mantenía una posición de cierta resistencia ante las exigencias del gobierno. El comandante de Tapalqué, Bernardo Echeverría, sabía de la importancia de extremar los cuidados con ciertas jerarquías indígenas pero tal vez, temeroso de "perder la paciencia" le pedía a Rosas que "VE me demarque la linea de conducta que ede observar con este cacique [Cachul] ya que la conducta era muy diferente a la de Catriel quien "conbiene en todo lo que es de orden [en tanto], este las mas beces ase opocicion". Informe de Echeverría a Rosas, 17 de abril de 1836, AGN, X, 25.2.5.

existió entre Martiniano Rodríguez y Bernardo Echeverría, comandantes de Bahía Blanca y Tapalqué, respectivamente. Mientras el primero resultó tan sorprendido como el gobernador ante los hechos, Echeverría había percibido movimientos equívocos entre los indios, unos días antes del primer ataque.

Esta particular situación de la frontera nos lleva a otro punto que queremos señalar y que se vincula al conflicto y/o superposición de funciones entre las autoridades civiles y militares. Las zonas de frontera tienen una conformación particular derivada del origen mismo de los nuevos poblados. Originalmente fundados en el asentamiento de un destacamento militar alrededor del cual se ubicaban algunas familias, la autoridad que regulaba la vida en este espacio era el comandante del fuerte quien, explícitamente cumplía las funciones civiles y militares. Lentamente y a medida que se avanzaba en la ocupación del espacio, estos poblados obtendrían la separación de dichas funciones a través de la creación de un juzgado de paz (en Azul en 1835; en Tapalqué en 1846 y en Bahía Blanca en 1834). De todos modos esta reorganización administrativa, fundamentalmente al mantenerse la presencia de un comandante militar, no garantizaría una convivencia armónica entre ambas autoridades⁵⁸. Esta situación conflictiva se haría más evidente en momentos de conflictividad en los cuales la necesidad de organizar la defensa de la frontera llevaría a la autoridad militar a intentar avasallar a la civil.

Esto nos lleva al último tema que queremos mencionar: la defensa de la frontera. Los datos que logramos obtener sobre las fuerzas convocadas en esta coyuntura muestran muy claramente que la misma estaría en manos de los mismos pobladores de la región. Este esquema no es nuevo ni original del período sino que marca una continuidad en el territorio provincial que puede rastrearse hacia los inicios del período independiente y que resulta asimismo similar a otros contextos fronterizos latinoamericanos. Conforme las guarniciones de la frontera eran abandonadas por el esfuerzo de la guerra revolucionaria y se desorganizaban por el deterioro de las fortificaciones, la falta de armamento y las demoras en el pago de los salarios (situaciones que derivaban, asimismo, en una creciente deserción), el peso de la defensa recaería más y más en los propios pobladores. Lo verdaderamente original del período es que, dentro de estos, se encontraban nutridos contingentes de indios amigos quienes igualmente contribuyeron a la defensa del espacio fronterizo que ocupaban.

Para finalizar y centrándonos nuevamente en la coyuntura analizada, señalaremos algunas características sobre la función y el modo en que actuaron los dos grupos sobre los que se asentaría la defensa del territorio fronterizo: los vecinos-milicianos y los indios amigos.

Con respecto a los últimos, la utilización de milicias auxiliares indígenas debe entenderse dentro del marco y formando parte de la política del gobierno que se denomi-

⁵⁸ Los conflictos entre jurisdicciones civiles y militares son un tema recurrente que preocupaba a las autoridades desde antiguo. A modo de ejemplo citemos que en enero de 1817, el comandante general de fronteras, Francisco Pico, prevenía a las autoridades militares que guardasen "toda urbanidad y armonía con las autoridades civiles, sin proceder de modo alguno en lo judicial, siñiéndose solo a los límites de su instituto". Cuatro meses más tarde, el gobierno ordenaría a Pico que reiterara la recomendación a los comandantes militares de abstenerse en intervenir en cuestiones civiles y judiciales que eran competencia de los "Alcaldes y demas jueces pedáneos". AGN, X, 9.9.6.

nó Negocio Pacífico de Indios. Por un lado, vimos que el sistema tenía algunos costos que escapaban a los objetivos del gobierno y aún más, a sus previsiones. La sublevación de los indios en Bahía Blanca fue un acontecimiento inesperado para las autoridades provinciales; sin embargo, en este punto jugó un rol de importancia el comandante de Blandengues de dicho fuerte que, sin autorización del gobernador, decidió la instalación de nutridos grupos boroganos en las cercanías de Bahía Blanca y las campañas de exterminio que llevó a cabo sobre Salinas Grandes. Esto nos lleva a plantear que la sublevación fue producto de una desviación de los objetivos del negocio pacífico ya que se incluyó en el sistema, sin intervención de Rosas, a algunos grupos cuya disposición hacia el pacto con el gobierno era dudosa.

Otro costo del negocio pacífico se vinculaba a la dificultad planteada por algunas autoridades fronterizas con respecto a lo que denominaban la indisciplina militar de los indios de pelea y, en algún caso, al evidente intento de evadir el servicio militar. Este aspecto no fue considerado por el gobernador como un inconveniente o una falla del negocio pacífico. Para Rosas, girando el centro del tema, era esperable que algunos indios sin la práctica guerrera adecuada para actuar en enfrentamientos, no rindieran servicios eficientes. Esto hacía más destacable el hecho de que algunas partidas hubieran peleado valerosamente al lado de las tropas provinciales. En esta argumentación se ve con claridad que los indios amigos cumplían diversas tareas como por ejemplo, el empleo rural, que los alejaba de las prácticas guerreras de la frontera y que, en casos especiales como el del cacique Cachul, no se esperaba su participación destacada en la batalla ya que la importancia del jefe indígena se centraba en sus dotes diplomáticos.

El otro cuerpo que resultó esencial en la defensa de la frontera fue la milicia. Si bien la movilización alcanzó a todos los partidos de la provincia, el peso sobre las poblaciones del sur, aquellas más directamente afectadas por los ataques fronterizos, fue impactante. Es por eso que creemos que la política del gobierno parece haberse quedado a medio camino en un esquema que tendía a realizar asentamientos defensivos en la misma línea de frontera donde los pobladores actuaron a la vez como soldados. Si estas "colonias militares" no pudieron implementarse, con la excepción del pueblo de Azul, el concepto de que los pobladores más afectados por la violencia fronteriza debían asumir el costo de su defensa parece haber estado en los cálculos del gobierno provincial⁵⁹.

Para concluir, quedaría evaluar si este tipo de estrategia defensiva fue exitosa. Nos inclinamos por una respuesta afirmativa. A pesar de las pérdidas sufridas por los propietarios de la frontera debido a los ataques indígenas y de los comentarios de las autoridades militares sobre el "éxodo" que estas incursiones habían producido en algunos pueblos, el crecimiento de población en los siguientes años no indicaría un retroceso ni una detención en el poblamiento de la frontera sur. Y, especialmente en el partido de Azul, la

⁵⁹ La amplia movilización miliciana que se produjo en esta coyuntura parece haber inaugurado una etapa de militarización de los vecinos que poco después se hizo permanente. En un trabajo realizado sobre el presupuesto provincial para el año 1841, Juan Carlos Garavaglia indica que el estado preveía para ese año el pago de sueldo de manera regular y constante de más de 2.400 milicianos; y de igual manera que nosotros concluye que esto "muestra la importancia que han adquirido a ojos de Rosas estos milicianos campesinos, uno de los sostenes fundamentales del régimen". Ver Juan Carlos Garavaglia, "Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860", en este mismo volumen.

mayor parte de los hacendados afectados por las invasiones siguieron trabajando en las unidades productivas del partido⁶⁰.

Con respecto a los indios amigos, la participación de esta fuerza auxiliar volvió a ponerse a prueba muy poco después confirmando que los costos esperables del negocio pacífico no eran de importancia ante el hecho de contar con una eficaz fuerza auxiliar. En efecto, en 1839 un nutrido contingente de indios amigos peleó junto a las tropas provinciales en la represión de la rebelión de los Libres del Sur. Y si bien en esta oportunidad los comandantes de frontera volvieron a quejarse de la actitud de los indios amigos, en este caso por el robo de ganado que habían realizado aprovechando la confusión reinante en la campaña, nuevamente la respuesta de Rosas desestimó la denuncia insistiendo en la necesidad de felicitar a los indios que hubieran participado en la campaña contra los sublevados⁶¹.

⁶⁰ Comunicación personal con María Sol Lanteri.

⁶¹ Ver Jorge Gelman, "La rebelión de los estancieros contra Rosas. Algunas reflexiones en torno a los Libres del Sur de 1839", *Entrepasados*, n° 22, 2002.